



860.3(866) Dávila  
D 2590

ENRIQUE DAVILA JIJON

LO IMPOSIBLE

*Al Sr. Dr. In. Nicolás Jiménez,  
- con todo el afecto del  
Autor -  
Quito - agosto 4 / 1929*



6498 - J.

14437 - 20 2000

QUITO - ECUADOR  
EDITORIAL "LOS ANDES"

- 1929 -

## DEL AUTOR



### **Publicadas:**

Rocío (Novela Corta).

Motivos Campesinos (Versos).

Saetas de Luz (Versos).

Lo Imposible (Cuentos).

### **Próxima:**

Poemas de la Serranía (La Sinfonía modula el Viento, Bajo la Carpa Blanca, El Campanario dice su última oración).



---

COPYRIGHT BY ENRIQUE DAVILA JIJON.

A. Don Alejandro Andrade Coello

## BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito



REF. N° ... 1.510 .....

FECHA DE CONSTATAACION Diciembre 1.950 .....

VALOR ... S/ 5,00 .....

CLASIFICACION .....

1000000-00-2000





# PASION

---

---

*A la señorita Beatriz Alarcón F.*

---

## I

« Cuando a orillitas del río  
tus pies de azucena lavas,  
tiembla de amor la corriente,  
suspira el viento en las ramas ».....

Y la última estrofa de la canción cayó sobre la noche, con un alarido de porcelana rota.

Sombras en el camino; sombras con tentáculos de pulpos que acechan junto a los matorrales. Sólo quedada el grito del buho vigilante, agorero y cruel, grito que espe-luzna como el trágico fulgor de una puñalada.

El silencio se apoderó del pueblo nue-

vamente. Callada la última nota de la canción, ido el postrer ladrido de los perros, el silencio, en cucullas, tejía sobre los tejados grises su manto de tela de araña. Sólo el viento tocía aún de cuando en cuando con su tos de tísico....

Era la única casa en todo el pueblo que daba señales de vida. La ventana entreabierta dejaba escapar un haz de luz como un reto a la sombra y el crepitar de la leña en el hogar semejaba una canción monocorde y banal. Junto a la lumbre el más viejo narra la historia de terror, con esa autoridad y esa sapiencia que dá a los viejos la vida.

— «Mi padre contaba que una noche como esta....»

Y el más pequeño con los ojos muy abiertos se junta cada vez más a la madre; los mozuelos se quedan horrorizados y boquiabiertos creyendo ver emerger de un momento a otro del fondo de las llamas, el rostro del bandido, o la cabeza sangrante e iracunda del ajusticiado....»

— « Mi padre contaba que una noche como esta. . . . »

Y élla, la dulce provinciana de los ojos azules, se vá con el pensamiento por el camino tortuoso, por donda paso a paso estará viniendo su amado, expuesto a mil peligros bajo la negrura del firmamento inmutable.

— Abuelo, no converse usted de esas cosas que dan miedo. . . .

Y en sus ojos azules, azules como el cielo de la serranía en una mañana de verano, cruza la sombra de un ala, el ala del presentimiento. . . .

¿ Vendrá? ¿ No vendrá? Y con angustia en el alma, tiritando de miedo aguza el oído para oír al silencio, mientras sus ojos contemplan sin ver las llamas azuladas, que suben culebreando del fondo de la fogata mientras dejan en la granada de sus mejillas un fulgor de incendio. Junto a élla el abuelo cascado y lento continúa su antigua historia:

— « Y al día siguiente los primeros ca-



vamente. Callada la última nota de la canción, ido el postrer ladrido de los perros, el silencio, en cuclillas, tejía sobre los tejados grises su manto de tela de araña. Sólo el viento tocía aún de cuando en cuando con su tos de tísico....

Era la única casa en todo el pueblo que daba señales de vida. La ventana entreabierta dejaba escapar un haz de luz como un reto a la sombra y el crepitar de la leña en el hogar semejaba una canción monocorde y banal. Junto a la lumbre el más viejo narra la historia de terror, con esa autoridad y esa sapiencia que dá a los viejos la vida.

— «Mi padre contaba que una noche como esta.....»

Y el más pequeño con los ojos muy abiertos se junta cada vez más a la madre; los mozuelos se quedan horrorizados y boquiabiertos creyendo ver emerger de un momento a otro del fondo de las llamas, el rostro del bandido, o la cabeza sangrante e iracunda del ajusticiado....»

— « Mi padre contaba que una noche como esta. . . . »

Y élla, la dulce provinciana de los ojos azules, se vá con el pensamiento por el camino tortuoso, por donda paso a paso estará viniendo su amado, expuesto a mil peligros bajo la negrura del firmamento inmutable.

— Abuelo, no converse usted de esas cosas que dan miedo. . . .

Y en sus ojos azules, azules como el cielo de la serranía en una mañana de verano, cruza la sombra de un ala, el ala del presentimiento. . . .

¿ Vendrá? ¿ No vendrá? Y con angustia en el alma, tiritando de miedo aguza el oído para oír al silencio, mientras sus ojos contemplan sin ver las llamas azuladas, que suben culebreando del fondo de la fogata mientras dejan en la granada de sus mejillas un fulgor de incendio. Junto a élla el abuelo cascado y lento continúa su antigua historia:

— « Y al día siguiente los primeros ca-

minantes le encontraron tendido en la vía, con los ojos mustiados muy abiertos, como mirando al cielo....»

—Abuelo, no converse usted esas cosas que dan miedo....

## II

Por el camino que parece una fajita gris sobre la gran mancha de tinta china de la noche, avanza una sombra que se destaca mucho más negra en el fondo oscuro.

El buho no ha cesado de graznar y ahora a su grito maldito se une el llanto desgarrante de los canes.

¿Por qué llorarán así los canes, a la media noche, cuando todo es sombra....?

Y aquel que sigue por el camino siente el zarpazo frío del miedo, escucha el ruido de sus pies descalzos, siente el vaho de su boca, como una sensación de hielo en todo el cuerpo. Y se ríe para auyentarlo, se ríe con una carcajada que parece de otro

hombre, queriendo cobrar bríos; pero la carcajada que logró romper la tela de araña del silencio, se concluye al fin y él continúa sin embargo su camino con el miedo del brazo, mientras los árboles se agitan, meciendo al viejo viento dormido entre sus ramas, como si fuera un niño, musitándole al oído una canción de cuna. Entonces él canta:

«Hay en tu boca más perlas  
y coral que en el océano:  
¡qué más coral que tus labios,  
que más perlas que tus dientes!»

Y la canción se muere, y el miedo y el silencio en trágico contubernio, en alianza infame, continúan tras él, por la fajita gris sobre la mancha de tinta china de la noche....

De pronto un grito. Otra sombra en medio de la vía.

— Mira tú, a ¿dónde vas?

— Y a tí que te importa?

— A la cita, a la cita ¿verdad?

En la negrura de la noche, los ojos de

aquel hombre fulguraban con fulgores de infierno.

— Bueno, ¿y qué?

— Que no irás. Lo he jurado por los huesos de mi madre.

— Envidia, pura envidia; porque élla no te quiere.

Porque no te quiere....! Y el mozo sintió en el rostro algo más horrible que una bofetada. Porque no te quiere....! Y él que fabricó en el fondo de su alma un sagrado altar para aquella hembra, él que ante su imagen de virgencita rubia, encendió la sacra lámpara votiva de su amor; él que se imaginó que ella tenía que quererle porque sí, porque creía justo, sin darse cuenta que aquella sombra que tenía ante sus ojos se le había adelantado; que la chiquilla blanca como la leche, de mejillas sangrantes como la guinda, había grabado ya el nombre del otro muy adentro de su alma.... Porque no te quiere....! porque te desprecia, porque no es el simple desamor, porque es el odio.... Y el

mozo robusto, el jayán de músculos soberbios ríe, ríe con una risa glacial.

— Déjame, me esperará sin duda.

— No irás.

— Que iré.

— Beatriz no te verá esta noche, porque yo no lo quiero.

— Me verá ahora y siempre.

— No te verá hoy.... ni nunca.

— Eres un cobarde.

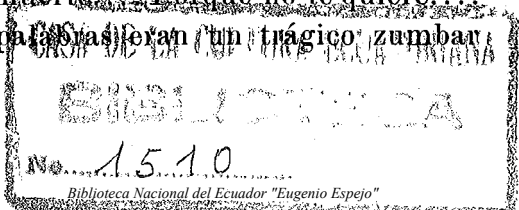
— ¿Qué has dicho?

— ¡Cobarde!

Y los dos se juntan, y los dos jadeando ruedan por el suelo con la fuerza monstruosa del rencor.

¿Por qué llorarán así los perros esqueleticos, a la media noche, cuando nadie pasa por los senderos, cuando no hay nada que perturbe la inconciencia insondable de la tierra?

Como bestias jadeaban el uno sobre el otro; era una lucha de venganza, de pasión, de muerte... Porque no te quiere...! y estas palabras eran un trágico zumbido



en sus oídos. Y al otro sí, a aquel que tenía bajo sus rodillas, a él si le quería la perversa, aquello no podía ser, aquello tenía que acabar. . . . y acabó. El cuchillo tuvo un reflejo de relámpago en la tiniebla de la noche y penetró en la carne muy hondo, muy hondo; con un leve murmurar de plegaria, con una oración dicha bajito por el alma del que se iba. Algo caliente, húmedo y meloso empapó a los adversarios y Julián, el buen Julián que cantaba su canción para ahuyentar al miedo, se quedó tendido en medio de la vía, con los ojos abiertos, mientras el viento tocía entre los árboles con su tos de tísico.

### III

La virgen rubia de los ojos azules cabecea de sueño junto al hogar ya agonizante, en tanto que en sus ojos, dulces girones de cielo, cruza la sombra negra de un ala, el ala del presentimiento.

¿ Vendrá? ¿ No vendrá? ; Oh la espera larga en las noches silentes que no acaban nunca! Un ruido en las maderas de la ventana, como un golpecito discreto y galante.... Nó, no es nada; es el viento bur-lón que se contenta cuando su seno baja y sube anhelante bajo la tela de la blusa; un rozamiento muy leve en la arena del suelo.... No, no es nada; es el paso de una hoja seca por la calle desierta....

El abuelo despierto de improviso, aso-rado, ante la fogata que se muere, conti-núa su relato tantas veces comenzado, e interrumpido otras tantas:

«Y al día siguiente los primeros cami-nantes le encontraron tendido en la vía, con los ojos muy abiertos como mirando al cielo....»

Y la dulce provinciana de los ojos azu-los:

— Abuelo, no converse usted esas cosas, que dan miedo....







## Y fue una tarde violeta . . . .

---

---

*A la señorita Lucía Cabezas*

Era una dulce princesita rubia tenía los ojos azules, y su boca, fantasía de corales, provocaba a los besos. . . . Era una dulce princesita rubia. . . .

¡Noche constelada de estrellas, santas luminarias de una hora de fiesta, cuando se dijeron las primeras palabras de amor!

Fue una noche cuando en el silencio del jardín ahíto de perfumes sus bocas se juntaron en el deleite supremo de un beso, comunión de dos almas, y cuando élla le juró que le amaría a través de todas las distancias.

Un piano distante desgranaba sus notas levemente bajo la luz lejana de las estrellas en esa hora de ternura y amor. . . .

— La vida es buena así, teniendo un objetivo grande; un gran amor.

— Y no pensar más que en él, en la hora de risa y en la hora de llanto, cuando somos felices o cuando sufrimos....!

— Sí; juremos por la luz de las estrellas, que habremos de amarnos siempre, siempre....! Por toda la vida....!

— Hasta después de la muerte....!

Y aquel pacto solemne fue sellado con un beso abrasador, intensamente pasional.

Las estrellas, santas luminarias de una hora de fiesta, certificaron el juramento desde el velo azul donde viven prendidas....

Los cocuyos se arrastraban penosamente, con sus farolitos encendidos por los blancos senderos.

Una voz llamaba a la princesa rubia, desde la ventana que dá sobre el jardín....

Se despidieron de prisa.

Los ojos de élla, de un azul turquesa, estaban húmedos de emoción.

El le besó las manos....

Era una dulce princesita rubia. No he logrado saber su nombre. Debió llamarse Lucía....!

\*  
\* \* \*

Y fue una tarde violeta, cuando él yacía sobre una tabla fúnebre, rodeado de flores y de cirios que, como ojos, lagrimeaban negras lágrimas de cera.

Al volver una noche de la calle, le acometió una aguda punzada, esputó sangre, los médicos dijeron que tenía pulmonía. Y esa tarde, esa tarde violeta, se fué quedando dormido....!

¡Pobre princesita rubia!....

Como una flor que hace decaer el sol abrazador de un mediodía de verano, está junto al cuerpo inerte de su amado, le mira....

La muerte, orfebre trágico, ha dado al rostro del ya ido una perfilación de aristocracia, su nariz es más fina, sus ojos

verdes semi-abiertos, como dos esmeraldas opacadas, tratan de aprisionar una visión quizá lejana, quizá perdida, sus manos, cruzadas con austera gravedad, le dan el aspecto de un santo. Y su boca, ¡oh su boca!, nidal de todas las mieles, de todas promesas, de todos los deseos, sabias en el arte de besar, decía sin palabras: hasta después de la muerte!....

Y la princesita rubia, desmelenada y llorosa, tiene un súbito arranque de cariño; se precipita sobre el muerto, le estrecha entre sus brazos, y le dice al oído, bajito, con el más rico caudal de ternura, como en las misteriosas noches del jardín:

— Mi nenito, mi nene....

Y fue una tarde violeta, cuando élla se quedó desmayada, ahogada en lágrimas, mientras él emprendía su viaje postrero entre dobles de campanas, todo frío, todo pálido, encerrado en una caja negra con adornos dorados, paso a paso, como si tuviese pocas ganas de irse.

¡Hasta después de la muerte! Y élla

estaba resuelta a cumplir su juramento, atestiguado por la loca miriada de estrellas....

\*  
\*   \*  
\*

En un intermedio del baile, salen los dos al jardín.

Son novio y novia.

Es una noche de plata, saeteada de estrellas.

Por la ventana huye la luz a torrentes, mezclada con un haz de sonoras armonías.

Los cocuyos pasean por los senderos blancos, con sus farolitos encendidos....

—La vida es buena así, teniendo un objetivo grande: un gran amor.

—Y no pensar más que en él en la hora de risa y en la hora de llanto, cuando somos felices y cuando sufrimos....

Y la novia, blanca figurita de porcelana, dulce como una gran ilusión, suave como un suspiro, se refugia entre los brazos de su amado:

— Soy tuya, tuya....

Y él se come la granada de sus labios....

(En el lejano cementerio se estremece una tumba....)

\*  
\* \* \*

Era una dulce princesita rubia. No he podido saber su nombre.... Debió llamarse Lucía....



---

---

## ELEGIA DE LOS COCHES

---

---

35                      35

Los faroles, donde un cabo de vela se despavila, van como pupilas murientes a cada lado del coche, mirando la miseria de la calle tortuosa.

35                      35

en un rojo desteñido sobre el cristal de los faroles, pregonan el fracaso del armatoste viejo que, en cada bache del camino, exhala un gemido de agonizante.

Los coches dan la idea de un tiempo que se vá. En el siglo del vértigo, en la locura de la velocidad, un coche resulta simplemente antipático, quizá grotesco, su silueta gris, su bamboleo desnucante, sus ruedas descoloridas, anchas, feas, su co-



chero de sombrero churiguresco y raro nos provoca risa. . . . ¡Qué humillación para el pobre coche cuando junto a él pasa la rauda sombra de un elegante «limousine»! Yo le he visto; se achica, se vuelve más pajizo el color de su capota, sus ojos tienen una mirada de odio, de despecho. (Lo digo para quienes no sepan: los faroles son los ojos del coche).

Han perdido ya el rimbombante prestigio que le dieron nuestros bisabuelos. Ahora el coche es un paso hacia atrás en la civilización. Ayer le ocuparon las damas encopetadas de vestidos de cola, los caballeros de bigote y capa de anchos vuelos; ahora no saben del zapato de raso las alfombras deshilachadas, ni del vestido de seda el hule pardo y roto del asiento de los coches.

Por esas calles de Dios, se van los coches armando una algarada de todos los demonios; porque ellos son así, denuncian su presencia, pregonan su paso, sin acordarse de su triste insignificancia. Sus

bamboleos entre las últimas tintas del crepúsculo, les hace parecer monstruos enfermos de epilepsia y sus faroles, pupilas que se mueren de hambre de un poco de estearina, hacen un guiño demandando piedad.

### **En la plaza de Santo Domingo**

se adormecen los coches desde la salida del sol hasta muy entrada la noche. Los arreos cubiertos de polvo y a veces remendados, como hilos de tela de araña, descansan sobre la lamentable anatomía de los

### **Caballos del coche,**

sombras de caballos, esqueletos de caballos cubiertos por la piel deslúcida y marchita. Las orejas caídas, la cola entre las piernas, inclinan la cabeza cansada, como buscando la paz del pavimento negro.

¡Los caballos de los coches, en cuyas ancas llenas de aristas dibuja el látigo arabescos caprichosos, llenan el alma

sentimental de los transeuntes de la más grande compasión! Ellos conocen en detalle, las plazas, las calles, los monumentos. Sus herraduras lamentables saben de la agresividad de los guijarros, de los baches donde el agua estancada se entretiene saltando sobre las levitas impecables o los pantalones de fantasía, en forma de perlas sucias!

¡Pobres caballos halando el armatoste viejo, lujo de cocineras y zapateros, por las calles de la vieja ciudad de San Francisco!

Indio de raza pura o mestizo robusto, explotador y pícaro,

### **el Cochero**

es el tipo que atrae la atención del observador. Dormita en el pescante con un cigarrillo, que atenta contra la integridad de los bigotes, entre los labios. Su nariz roja denuncia que el cochero no simpatiza con las ligas antialcoholicas.

Quando le miro sobre el pescante con

su blusón verde y sus pantalones remendados, le comparo con un polichinela, con un pobre muñeco de esos que queman en la alegre noche de San Silvestre....

¡Caballo y cochero: cómo se parecen, arrastrando su existencia mísera, entreteniéndose a la monotonía, con una colilla de cigarrillo o con pataditas rítmicas sobre el pavimento negro!

¡Coche, lujo, sueño dorado de nuestros bisabuelos; ya no tienes el prestigio de aquellos buenos tiempos. Los que se llaman a sí mismos aristócratas te desprecian. Eres un residuo del tiempo de tranquilidad y paz. Ahora cuando hay tanta prisa de vivir; ahora cuando la gente vive menos, pero mucho, muchísimo más a prisa, tu paso tardo y desigual nos desespera!





---

---

# FATALISMO

---

---

*A la señorita Edma Dávalos*

## I

Tras los cristales de la ventana, con sus ojos lánguidos rodeados de ojeras intensas, miraba irse la vida, mientras sus manos, manos largas, huesudas, de un blanor amarillento, como el de las teclas de los pianos viejos, bordaban un pañuelo de batista suave.

Triste, tristísima, y a la vez muy dulce manera de morirse; porque a esa flor de anemia, lánguida y roída por la tisis, se le iba la vida entre accesos de tos, inconcientemente, como se va la esencia de un frasco de perfume, como se muere la luz

en una lámpara desprovista de aceite. . . .  
Y élla la miraba irse, con la fría indiferencia del que ve deshojarse una rosa. Sin una ilusión, sin un afecto, sin una sonrisa tras los cristales de la ventana, se mustiaba la muchachita tísica.

¡Muchacha rubia, flor de anemia, que conocí una tarde, cuando tu blancura era la blancura terrosa de los huesos viejos, cuando tus ojos, abriantados por la fiebre, tenían el ansia que produce el cansancio; cuando tus labios eran berilos pálidos, cuando tus manos huesudas bordaban aún tras los cristales de la ventana, el monograma de tu novio: el definitivo fracaso!

¡Muchacha rubia, cuyo nombre no quise saber siquiera, recuerdas cómo sembré en tu alma de vencida, en tus últimas tardes grises: la flor de una ilusión?

Me dió pena mirarte, tan lánguida, tan sola, añorando momentos idos, recordando quizá el antiguo cariño que fugó un día, temeroso, acaso, de tus accesos de tos; y me dió pena verte mustiar con la glacial

inconciencia de quien no espera nada, y quise dejar en tu crepúsculo la lumbre amable de una postrera consolación.

¡Y te amé, muchacha tísica!

Tarde a tarde pasé frente a tu balcón. Me miraban tus ojos, abillantados por la fiebre, me sonreían los pálidos berilos de tus labios, con una dulce sonrisa de amor; y ya no te sentaste tras los cristales de la ventana para dejarte morir, para ver indiferente, como se fugaba tu vida; te sentaste para verme pasar, para sonreírme, para amar el guiñapo de tu vida....

Escribí versos para tí. Aún me parece verte leyéndolos: Temblaba el papel entre tus manos, se humedecían tus ojos con infinito agradecimiento.

Era un atardecer.

La ciudad loca se agitaba en un inútil derroche de energía y yo, desde la esquina, sentía en el alma el goce indecible de haberte proporcionado una suave emoción.

¡Un beso me mandaste en alas de la brisa con tus dedos de marfil, en pago de



esos versos, muchachita tísica, cuando paso a paso me perdía entre las medias tintas del crepúsculo!

## II

Y fuí aquella tarde, como había ido otras muchas, pero esa tarde gris tú ya no estabas.

Ví la llama tremante de los cirios, como manos que se alzarán en muda imploración hacia la altura, vi los cortinajes negros y lo comprendí todo.

Tú ya no estabas.

Tus ojos afebrados mirarían la sombra, tus manos exangües tocarían el fango del sepulcro, tu boca sentiría el beso de la Nada que debe saber a greda y a ceniza.

Quizá me nombraste, quizá mi último verso tuvo en tus labios la dulce magia de una jaculatoria.... ¡Quizá no quisiste morir; quizá amaste en ese instante la vida!

¡Amar la vida, cuando ella se va de entre las manos!

¡Odiar la vida cuando está plena, como fruto maduro!

Ahora pienso:

Quise hacerte un bien y te hice un mal. Tu vida era una rosa casi marchita. Tú lo sabías y esperabas tranquila que se deshoje. Era una llama agonizante. Tú adiestrabas los ojos para mirar en la obscuridad. ¡Y yo te mentí que era un capullo recién abierto, y yo te dije que la llama brillaba más que nunca!....

¡Muchacha rubia, cuyo nombre ni averigüé siquiera, recuerdas cómo sembré en tu alma de vencida, en tus últimas tardes grises, la flor de una ilusión!

Y me volví esa tarde, con angustia en el alma. Alcé los ojos. En lo alto miraba una estrella. Era ella. Le sonreí. Nos sonreímos.

He oído decir decir que por cada flor que se deshoja, nace una estrella en el cielo....



---

---

## DEL POETA Y NO DEL HOMBRE

---

---

— La conocí una tarde, comenzó diciendo mi amigo, el pálido poeta de los versos tristes como un rayo de luna, mientras el humo de su cigarrillo barato dibujaba en el aire fantásticas figuras. La conocí una tarde, ¡tarde de maldición!, cuando por el camino del arrabal aquel se deslizaba una policromía de vida muerta: hileras largas de indios borrachos, de labriegos satisfechos, de gente sencilla que no sabe de nada, muchachos desarrapados que juegan en la esquina, mientras canturrean vulgares tonatas alternando con palabras grotescas: tal el paisaje.

¿Tú la conociste, verdad? A la tarde opalecente tras los vidrios de la ventana sus ojos tenían fulguraciones magnéticas. La miré. Nos miramos intensamente con una llamarada cimbreante de pasión. Eso

fue todo. El destino implacable hizo que aquel día me fuera yo por ahí en busca de la paz de una calle tranquila, en busca de nuevos horizontes, de rostros desconocidos, en fin, en busca de luz y de aire nuevo; y una sembradora, una linda sembradora de tristezas puso en mi corazón la simiente maldita del amor. Y aquí tienes el porque de mis amores del arrabal! . . . .

Alzó la copa hasta la altura de los ojos como si quisiera mirar a través de la dudosa transparencia del cristal, cuando en verdad sólo quería ocultarme una lágrima, y mientras la música del bar gemía una canción semejante a un lamento, el pálido poeta de los versos tristes como un rayo de luna, continuo de esta manera:

—Y fue la historia de siempre. Más de un atardecer me vieron los vecinos subir la cuesta fatigante cuando a la caída del sol, las cumbres se cubrían de un manto semi-oscuro, o cuando miles de estrellas, como farolitos titilantes, se prendían

en la inmensidad. Una noche, dos, tres, diez, ¡quién sabe cuantas!, hasta que al fin una de aquellas, alguien me entregó una carta, pero nó, no era una carta, era una simple esquela, una hojita de papel coquetón y perfumado que decía: «Le quiero. He leído versos suyos, me gustaron sobremanera, más aquel intitulado: «Del Amor y de la Muerte». ¡Si quisiera mándarme alguno!»

A la rubia inquietante, a la pálida noviecita del arrabal, le gustaron mis versos, ¡y como los habría yo de hacer para élla!, suaves, dulces, tristes, como notas de un violín tocado a la sordina, como el quejido de un ruiseñor herido que va a refugiarse en la blandura tibia de su nido para morir ahí. ¡Oh, esa noche la vida me pareció buena cuando dejé la torcida cuesta del arrabal!....

Por las mejillas de mi amigo, el pálido poeta de los versos tristes como un rayo de luna, ví que lentamente se deslizaba una lágrima; ¿por qué lloras?, le pre-

gunté, y él se río, se río, entre sus lágrimas con una risa dolorosa y cruel, mientras me decía: si no lloro, es el humo, el humo de este tabaco fuerte....

— La primera cita. Era día domingo. El parque rebozaba de gente alegre y juguetona. Los álamos temblaban mecidos levemente por el viento, que parecía decir entre sus ramas un rezo largo y fúnebre. La sentí temblar; quizá imaginó que iba hablarle en verso, en versos magníficos y sutiles hechos especialmente para ella, para élla sola, en poemas hermosos llenos de cariño y de fervor, ingenuos y sabios a la vez, como los de Rabindranath Tagore; pero era imposible, tal estaba de turbado, tanto le amaba, que no supe encontrar la frase académica que pudiera encerrar mi pensamiento. Y pasó la tarde de la primera cita. En la puerta de su casa, al despedirme, me dijo entre cortada y huraña: «Puede que no nos veamos más. Sus escritos me gustaron mucho. Quisiera que me mande versos siempre, siempre...»

Y desapareció fugaz ante mi muda estupefacción.

La música del bar tocaba un allegro cruel, mientras mi amigo apuraba de un sorbo el residuo de su copa para continuar.

—Y fuí una noche, dos, tres, diez, ¡quién sabe cuántas!, y la inquietante noviecita del arrabal no volvió a aparecer.

¿Comprendes? ¡Oh, estaba enamorada del poeta, no del hombre!

Se calló. Lágrimas tibias y empolvadas rodaron por sns escuálidas mejillas, en tanto que el humo de su cigarrillo barato dibujaba en el aire fantásticas figuras.

—No llores, le dije yo, con voz cariñosa. Y él se rió, se rió a través de sus lágrimas con una risa cruel, y murmuró: si no estoy llorando, es el humo de este tabaco fuerte....







---

---

## PEDRO JUAN

---

---

A don Néstor Romero Díaz

— Como un papel que lleva el viento de aquí para allá, como un perro sarnoso, ¡pobre Pedro Juan!....

Y murmurando este eterno rittornelo, salía Pedro Juan de la taberna, al amanecer, cuando la lumbre de la aurora opacaba la luz de los faroles viejos....

Cubierto de harapos, con su andar tambaleante y su roja nariz de borracho, era un guiñapo de hombre, de quien los chicos tenían miedo y los perros, que al amanecer remueven los deshechos, aullaban fúnebremente, talvez porque sus ojos que ven el más allá, le confundieran con un espectro....

Se inclinaba trabajosamente, recogía las

colillas arrojadas a la vía y se iba murmurando, mientras el viento le clavaba puñaladas por los huecos de sus ropas:

— Como un papel que lleva el viento, como un perro sarnoso, ¡pobre Pedro Juan!.....

\*  
\* \* \*

— Tan - tan.....

Las articulaciones interfalángicas de su mano caían levemente sobre la vieja madera de la puerta.

— Soy yo, tu Pedro Juan.

Y se oían pasos lentos, mientras la escasa luz de un candil viejo se escapaba por las juntas de la puerta.

— Soy yo, tu Pedro Juan.....

Y él ceñía con el brazo potente la cintura de su mujercita, una regia hembra, sonrosada manzana de pecado.

Y ya en el lecho, juntos los dos, hallaba una justa razón para vivir; aquello

era la compensación de la ruda labor de todo un día, luchando con el mar, rudo y traidor amigo de los pescadores; abatiéndole con la fuerza de sus músculos, que sabían de la agresividad de los remos.

Trabajaba mucho, ganaba poco y, sin embargo, Pedro Juan era feliz.

\*  
\* \* \*

— Tan - tan . . . .

Las articulaciones interfalángicas de su mano caían sobre la madera de la puerta vieja.

— Soy yo, tu Pedro Juan . . . .

— Y un silencio torturante . . . .

Tan - tan . . . .

En la noche aquellos golpes que queditamente repetía el eco parecían lamentos . . . .

— Soy yo, tu Pedro Juan . . . .

Se oyó un rumor inusitado, como si alguien tratara de ocultarse.

Pedro Juan pensó: Su mujer, la Charro de su alma....

—¿Quién? Una voz que nunca había interrogado de este modo, gimió, antes que dijo, desde el interior.

Pedro Juan meditó: es por ganar tiempo....

—Abre, Charro, soy yo, tu Pedro Juan....

Como loco penetró en el cuarto, echó una ojeada rápida, tras un montón de aparejos había algo blanco y móvil....

Pedro Juan, tétrico, sombrío, se acercó a mirar....

Lamentable, ridículo, tembloroso, su amigo, su gran amigo de la infancia, Juan Manuel, se ocultaba tras de aquellos parejos....

Pedro Juan reía, reía, con una risa de epilepsia, cortante, brutal. Sobre la cama, Charro había caído desmayada.

Bajo el conjuro maligno de su risa, Pedro Juan hacía temblar el aposento entero y con la cara desfigurada por ese reír

desconcertado, paso a paso, sin mirar siquiera a los culpables, sin decir una palabra, abandonó su casa, cuando palidecían las estrellas....

\*  
\* \* \*

Era un perdido. Era un vagabundo. Nadie supo su historia. No quiso decirla a nadie....

Hoy, en el cementerio de la aldea, sobre un sepulcro recién abierto, hay un ladrillo, sobre el que una mano piadosa escribió este epitafio: Pedro Juan.





---

---

## LO IMPOSIBLE

---

---

*A la señorita María Angélica Sierra*

---

Es esta una historia absurda.

Al oírla pensaremos, sin duda, en un cuento de Carlos Perraud infantil y desquiciado, que arrulló nuestra niñez, por los labios de la abuela.

Pero no es un cuento de hadas.

Es una verdad, una verdad que nunca debió haber sido, como tantas cosas que son y no debieron ser; una historia sombría, cascabelera y enigmática al mismo tiempo, con llamaradas de antorcha y opacidad de lágrimas.

Me la contaron una tarde, cuando los últimos rayos del sol se derramaban sobre el monte, como una rubia cabellera de mujer.

El río mansa, servilmente, lamía la gre-



da de la playa, musitando su eterna y monótona canción.

Pobre río, miles de años arrastra su agua turbia con una santa paciencia de abandono. No es un río pujante ni soberbio; no se abre en ondas que dan miedo, ni en las noches de invierno tiene en su voz un grito de rebeldía; pobre, manso, como el santo de Asís, leyó en el libro de la mansedumbre, y así se vá camino abajo después de haber calmado la sed de los bueyes tardos y cansados y haber visto a los pájaros haciendo gargarismos de armonía en los robles torcidos de la playa.

Es esta una historia absurda. . . . Me la contaron una tarde, . . . ya ni recuerdo cuándo. . . .

Se abría la tierra bajo el férreo empuje del arado que se hinca rechinando como un diente enorme; y cuando la luz parpadeaba con el estertor de un agonizante, el buen campesino se detuvo.

Era alto, o más bien, debió serlo. Ahora los años obligábanle a inclinarse, como

se inclina en la montaña el abeto milenario que contempló innúmeras tempestades.

Su sombra dilatábase junto al arado rústico que doblébase las astas de los bueyes en un definitivo acto de humillación.

— Señor, me dijo, ¿no sabe, usted, mi historia.... Acaso pudiera interesarle para uno de sus libros....

Una historia!....

Una historia, él, pobre campesino viejo que nunca salió de la montaña!....

Y mientras una sonrisa de duda florecía entre mis labios le contesté;

— Cuéntela, amigo, cuéntela usted....

La luz del sol desmayábase por momentos, como una linda anémica que agonizara en su lecho de encajes.

En lo alto la luna vertía sobre nosotros sus rayos precursores, como una embajada regia de pálidos hilos de luz....

Lenta, lentamente hablaba el viejo, mientras con una manga se secaba la frente sudorosa; y en el campo solitario, junto al hermano río que diría el poeta de Asís,

bajo la penumbra borrosa del crepúsculo el viejo desgranó esta historia, la historia, de una vida absurda, incoherente, con fulgores de antorcha y con palideces de luna; una historia que se arrastra aún como un deshecho miserable como un guiñapo sangriento. . . .

## I

Era guapo el muchacho. Por su sangre corría a borbotones la savia pujante de los robles de la montaña. El sol curtió su tez y puso en sus ojos fulgores de calentura.

¿Quién no conoció a Julio, el señor de la comarca, cuando iba, allá, por el villorio, caballero en su alazán, entre el rechín de los arreos y el llanto de los guijarros del camino al pulverizarse bajo el casco potente del caballo; mientras el flecheo curioso de las lindas campesinas morenas o rubias, como un amanecer de la serranía, caían sobre él a manera de tempestad?

Nació en la montaña hosca, férrea; en

ella aprendió a domar la voluntad, como se doma al potro salvaje. Las privaciones le enseñaron a ser fuerte. Jamás se doblegó ante nadie ni por nada. Del firmamento azul sacó el don supremo de la serenidad.

El sabía de la sabia enseñanza de la naturaleza. Estuvo en la escuela rural, una escuelita blanca perdida entre las cuencas de la montaña, donde una vieja maestra de nevada cabeza, le enseñó todo cuanto élla sabía, bien poco por cierto; pero del viento aprendió su cantar, de la selva su cadencia eterna, del trinar de los pájaros el recóndito secreto de la poesía....

La tierra sintió el empuje de sus manos y abrió su seno ubérrimo para recibir la semilla, gérmen de nueva vida....

Pero la existencia no es siempre apacible, con la suave apacibilidad del remanso; en ocasiones brama y se agita como las olas....

El alma de Julio se abrió un día, como

se abre una ventana a la luz del sol; y fué la historia de siempre....

El niño se convirtió en hombre, y Julio amó.

— Era alegre, su risa gentil hacía retemblar la sierra, señor, me decía el viejo, con un gesto de angustia que apenas podía yo entrever a la lumbre muriente del crepúsculo; era alegre, señor, y desde ahí se volvió triste....

## II

El alazán no volvió más a romper los guijarros del camino, ni las muchachas campesinas pudieron ver al mozo guapo de la cabeza erguida y los ojos relampagueantes con fulgores de calentura.

Julio no era el mismo. El reír ingenuo y loco, que hacía estremecer a la brisa, huyó de sus labios, como huye la columna de humo gris en los días brumosos; y la brisa amiga, la brisa que jugueteó con sus cabellos, se convenció con amargura de la triste verdad: Julio no era el mismo.

— ¿Qué tendrá se decía el rosal, que dió la sangre de sus rosas para el carmín de sus labios?; ¿qué tendrá?, se preguntaba la tierra madre que no sentía ya el esfuerzo de sus brazos penetrando en su seno ubérrimo y el jilguero, loca cabecita borracha de sol, dió la respuesta: es que Julio ama!

Amor, brasa encendida, tú consumes el mundo. Tú sólo eres el rey; por tí piensan los tontos; por tí los sabios se convencen de que nada saben; por tí las lágrimas tienen el brillo fascinador del diamante, porque tú tienes el mágico licor de las purificaciones.

Amor, verdadero Amor, tú haces milagros. Tú tornaste transparente la piedra sombría y negra para que el esclavo aquel, que cuenta la leyenda pudiera ver los pies desnudos de la princesa, motivo único de sus tormentos; tú, amor, engendras héroes y fabricas cobardes; tú eres el rey, sólo tú reinas....

El padre le dijo una tarde.

— Mira, Julio, tú estás enamorado, ¿verdad?

— No, padre.

— Entonces? por qué estás triste?

Ya no es tu ilusión levantarte al sol y trabajar todo el día, silbando, como silban los pájaros las mañanas de primavera.

Sé del mundo. hijo mío. Mira mi cabeza blanca, mira en mi rostro el paso de los años, que con sus rastros me dejaron una dosis muy grande de clarividencia.... No me lo niegues; la risa murió en tus labios, ya no tiene tu boca la frase salada y el chiste oportuno, estás pálido, junto a los ojos hay surcos profundos.... Julio, Julio, los años me dejaron una gran dosis de clarividencia.... Eso sólo hace el amor.

— No, padre....

— ¿Entonces a qué se debe ese cambio?

— Si no he cambiado, padre, si no he cambiado....

Por la ancha carretera se elevaba una nube de polvo; risas argentinas surcaban

el aire como una ronca voz de reto, como un inquietante desafío....

Era la hija del dueño de la finca, un ricacho obeso y soberbio. Se los veía de la ventana de la casita baja. Iba con un hombre, apuesto también, muy juntos los caballos. Quizá irían cogidos de las manos.

Algo le decía él; ruborizábase élla y acababan juntos con una carcajada semejante a una ronca voz de reto, a un inquietante desafío....

Era una señorita de esas de la ciudad; venía todos los veranos a pasar una temporada de campo. Julio le había conocido siempre, tenían la misma edad y muchas veces jugaron los dos buscando las flores que nacen en los campos o trepando a los árboles en busca de los nidos.....

Julio los miraba también....

Un sollozo reprimido, un gesto de locura....

—Lloras, Julio?, lloras?, le decía el buen viejo tembloroso tomándole la cabeza y besándole en la frente.... ¿Lloras?....



Y entonces no fue el llanto mudo, hierático, sombrío, que sale lentamente y no se puede contenerlo, llanto que ahoga, que estrangula; fue el inmenso sollozo de las cosas imposibles, de lo que no puede ser, de lo que nunca será. Un torrente desbordado que rompe las vallas y clama a la inmensidad....

— Padre, padre, déjeme llorar....!!

— Lo ha comprendido, señor, lo ha comprendido?... Estaba Julio enamorado de la hija del ricacho, del patrón.... Y eso no podía ser, señor, era lo imposible, lo imposible....

### III

Al oído de los álamos decía el viento su canción, y era una canción dulce, melódica, suave, con la belleza simple de una canción de cuna....

Qué charla la del surtidor.

Los surtidores son locos. ¿Los han sentido acaso una noche de insomnio desgarrando la túnica impalpable del silencio

con una risa cascabelera, entre el aullar lejano de los perros y la impacibilidad del firmamento saeteado de estrellas?

Los surtidores son locos. Dicen cosas que hacen reír y hacen llorar al mismo tiempo, porque su voz evoca los momentos dulces y tristes de la vida; porque en su risa hay el timbre, lejano quizá, de un amor nuestro, muy nuestro, que fue fuego en nuestras arterias, palpitaciones en nuestro corazón, lágrimas en nuestros ojos. ¿Por qué serán así los surtidores, por qué traerán a la memoria cosas ya lejanas, cosas que quisiéramos que estén bien muertas, bajo muchos metros de tierra?

Los surtidores son el alma de los jardines, alma sarcástica y terrible que llora, que reza y que blasfema, en una espeluznante paradoja.

Al oído de los álamos decía el viento su canción, canción dulce, melódica, suave, con la belleza simple de una canción de cuna.....

La luna desde lo alto miraba la tierra

con un guiño truhanesco.... El paisaje era pálido, con la hermosa palidez de una muerta querida....

Sobre la roca viva, hirsuta, con matas espinosas, donde ocultan sus cabezas viejos chivos venerables de ojos turbios, mansos lagos que guardan la tristeza de todos los crepúsculos, se yergue la mansión regia, la finca de los « señores » como una cabeza mirando la inmensidad, como una sonrisa en un rostro humedecido por las lágrimas.... Y el río al fondo con su lamento de siempre, con su eterno reír fastidioso y monótono, con su agua emporcada lamando servilmente las arenas de la playa....

Y el jardín era pálido, con la palidez bendita de una muerta querida, porque la luna le miraba desde la altura con un guiño truhanesco. Y en ese paisaje a propósito para ser descrito por la pluma magistral del viejo Valle Inclán, el Amor lanzaba sus flechas y sonreía....

— ¿Me quieres?

— Sí, mucho.....

Muy unidos los cuerpos se proyectaban sobre el abismo, sentados sobre una piedra demasiado al borde. Sus sombras en íntima conjunción tenían un no sé que de grandioso; sombras, sombras enormes que el precipicio alargaba y que el río apenas alcanzaba a copiar.....

Lloran las hojas. ¿Por qué llorarán las hojas cuando ríe el surtidor?.....

Las hojas lloran porque hay alguien que las pulveriza bajo sus pies, porque hay una sombra, sombra de venganza y de horror, que avanza con cautela, como un aparecido, como una alma vencida que vagara por la ancha faz de la tierra, sin un minuto de descanso; y el gran charlatán del surtidor, encubridor celestinezco, ríe así, como nunca, porque quiere ahogar las pisadas de la sombra imperturbable que avanza lentamente.....

— ¿Me quieres?.....

Y el silencio dibujada una elipse estrafalaria en torno de los dos.....

— ¡Me quieres? . . . . .

Y los labios se buscan muy despacio, muy quedito, con una suavidad de pétalo; y la luna, eterna confidente, que ha visto lo mismo tantas veces, sonrío con un gesto burlesco . . . . .

Y ya no es un juntarse suave y lento, ya no es una aproximación temblorosa e inefable, es un ruido sonoro, es un estrujar de labios goloso y pasional, es un cambio solemne de almas, es un beso insondable como la eternidad . . . . .

El aparecido surge de pronto como del centro mismo de la tierra . . . . . Es un joven, un pobre joven acosado por un destino implacable y cruel, por un imposible; es Julio . . . . . Por las cuencas de sus ojos ya no miran sus pupilas, ahora miran la pasión, la locura, que rastrean el paisaje pálido, con la palidez bendita de una muerta querida . . . . .

Un grito, un alarido . . . . . La sombra se arroja sobre ellos . . . . . La piedra, al borde mismo, tambalea un minuto y caen los

dos cuerpos unidos por el beso, con un sordo gemido hacia el abismo....

El jardín se muere....

La luna se ha ocultado entre un dombo de nubes grises, y el sempiterno charlatán del surtidor, encubridor celestinezco, ante la inmensidad de la tragedia ha callado por fin.... Pero de improvviso una carcajada hiende el aire, una carcajada brutal estúpida, indescriptible; una carcajada que arrastra el dolor de lo imposible, del destino fatalmente irremediable.... Es Julio el que ríe, es Julio que se ha vuelto loco....

El jardín se muere....

La brisa tristemente salmodia por los muertos un leve miserere.... Y al fondo del barranco, en las aguas del río, se escucha el marchar de los cadáveres, rodando, rodando....





## INDICE

---

---

	<u>Págs.</u>
PASIÓN .. .. .	5
Y FUE UNA TARDE VIOLETA. .. .. .	15
ELEGÍA DE LOS COCHES. .. .. .	21
FATALISMO .. .. .	27
DEL POETA Y NO DEL HOMBRE .. .. .	33
PEDRO JUAN .. .. .	39
LO IMPOSIBLE.. .. .	45

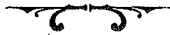




DE ESTA EDICION SE HAN HECHO CINCUENTA EJEMPLARES

NUMERADOS, EN PAPEL MUY FINO Y CON EL

AUTOGRAFO DEL AUTOR.



ESTE LIBRO IMPRIMO  
LA EDITORIAL "LOS ANDES"  
EN SAN FRANCISCO DE QUITO,  
A TREINTA DIAS DEL MES DE  
JULIO DE MCMXXIX



